

# EL APOLO MUSAGETA DE STRAVINSKI

ANTONIO QUEVEDO

Apolo es una suite de danzas con siete pequeñas piezas, escrito para una orquesta de cuerdas muy reducida, y puede considerarse como una especie de "concerto grosso" o de "sinfonía" en el sentido clásico de la palabra.

El antiguo mito que Stravinski ha tomado como asunto, orientó su imaginación musical, aunque trabajando exclusivamente sobre el plan sonoro; sin embargo, terminada la obra y poseyendo una vida musical propia, de esta serie de piezas cuyo conjunto forma un sistema musical completo, se ha podido formar un espectáculo teatral muy agradable. Todos lo hemos visto en Cuba, varias veces, muy bien presentado por el Ballet Nacional de Cuba.

"En el principio fue el movimiento": tal es la revelación estética que nos da la mayor parte de las obras teatrales de Stravinski, singularmente *Le Sacre*, *Petruchka*, *Renard*, *Noces*, *Mavra*, *Orfeo*, etc. Así como también muchas otras que no destinó a las escenas, como el *Octuor*, cuyo dinamismo despierta en nosotros asociaciones de ideas de marchas, carreras, danzas, luchas, movimientos complejos a causa del papel primordial que allí desempeña el elemento rítmico.

Muy diferente es el caso de Apolo, en donde falta, precisamente, ese dinamismo frenético, impecable, que fue siempre la marca del arte stravinskiano. Claro que Stravinski nos tenía acostumbrados a todas las sorpresas, y, como se ha dicho muy bien, "es un músico que quema sus naves cada vez que llega a nuevo puerto". La gente, sobre todo los stravinskianos "enragés", no podía admitir que el compositor tratara de hechizarnos con sus melodías en lugar de tomarnos por el cuello y aplastarnos bajo la avalancha de sus ritmos y bloques sonoros. Ocurrió así cuando el estreno de *La consagración*, en donde el público fue a buscar folklorismo y color local rusos, y se encontró con muros ciclópeos y un primitivismo recién salido de la selva. Con Apolo volvió a ocurrir otro tanto: creía el público que este Apolo sería un dios impulsivo, algo así como en lo pictórico es el Cristo de Miguel Angel,

que corona el Juicio Final en la Sixtina. Pero, "¡voilà!", resultó una figura del Perugino o del Sodoma, un suave mancebo que podría ser una réplica del Apoxiomeno de Lisipo, en lugar del David de Miguel Angel. Lo que inmediatamente sorprende al oyente es la simplicidad de medios empleados esta vez por el compositor, su voluntad de renunciamiento, por una parte, y su vuelo maravilloso por los Campos Elíseos de la gran melodía, que surge desde los griegos hasta Debussy, y que un genio como Stravinski no podía desdeñar.

En el Apolo, Stravinski ha renunciado deliberadamente a todo efecto orquestal; el color general del ballet es transparente, ligero, y hace pensar en la atmósfera de ciertos cuadros "au plain air" de Corot. Nada absolutamente asombra al oyente; nada se impone a su oído: al contrario de lo que percibimos en ciertas obras modernas, en las que la instrumentación propende a instaurarse como valor sobreañadido, y trata de encantar o de asombrar por sí misma. En el Apolo está al servicio de una estructura melódica para ponerla más de relieve. Es solamente en el final, "Apoteosis", en donde la orquesta se ilumina repentinamente y su sonoridad se hace plena y más rica.

He aquí pues, realizado por Stravinski en el Apolo Musageta la solución del problema del "estilo": en parte, humanizando un arte que venía impregnado de tradición y de fría "academia"; en parte, infundiendo en él esa suprema belleza que proviene de la melodía, que unas veces es contemplativa y remota como la de los cielos estrellados, y otras se hacen terrena y cotidiana.

La palabra "genio" no le agradaba a Stravinski aplicada a él. Dejémosle en "músico", simplemente, para diferenciarle de los "genios" entre comillas.

Ilustración: Apolo, detalle de la *Hidria de Apolo y Heracles*, cerca 500 a.n.e. Museo Nacional de Cuba (foto: Tito Alvarez).

